

ción suscita entre los lectores el sentimiento del ridículo, padre de la risa, y ya entonces todo cuanto nos dice el personaje de grande y de noble y de eternamente hermoso sobre el heroísmo militar y la misión de los caballeros y los amores y el valor de aquellos castellanos como Gonzalo de Guzmán y Juan de Merlo y Alfarán de Vivero y Gutierre Quijada, que, en siglo anterior al de Cervantes, se fueron a los reinos extranjeros a hacer armas con el solo objeto de «ganar honra y prez» con cualquier caballero que quisiera medírselas, suena a música lejana, lejana y peligrosa, puesto que lleva a las malandanzas que acontecen a Don Quijote en todo el curso de sus correrías. Y entonces nuestro espíritu, por lo común prudente y cauteloso, no se limita a condenar los libros de caballería, que trastornaron la cabeza del ingenioso hidalgo, sino que la condenación alcanza al ideal que los inspira, y aun a todo ideal, en cuanto que no hay ideal, fuera de la aspiración de limitarnos a una vida vegetativa, que no sea estímulo de aventura y de acción.

Hé aquí la causa de que las mejores páginas que se han dedicado al *Quijote* las hayan escrito hombres que también soñaron con una vida de acción, pero que se decidieron, al fin, a vivir tranquilos en sus casas; románticos desengañados que soñaron mucho, pero que no realizaron gran cosa. Turgueneff, el ruso, concibió al leerlo el pensamiento de dividir los caracteres idealistas en dos clases, que personificaba en don Quijote y en Hamlet: llamó quijotescos a los hombres cuyos ideales los empujan al sacrificio, y hamletianos a aquellos otros en quienes los ideales se resuelven en dudas. Cuando Turgueneff escribía estas páginas, sus compatriotas, sus camaradas de ilusiones revolucionarias, derramaban en Rusia su sangre por derrocar la autocracia y establecer el imperio del «bien sobre la tierra». Pero Turgueneff permaneció en París, componiendo tranquilamente sus novelas, y amó el Quijote porque las desventuras de su protagonista le brindaban pretexto

para excusarse de la inacción, clasificándose entre los hamletianos.

También Heine amó el *Quijote* con ternura. Leyendo lloraba este otro soñador, que para adorno de su tumba prefería a su lira de poeta su espada de soldado de las humanas libertades; este otro loco que despertó de su locura revolucionaria para ver que la Europa no se había transformado todo lo que él deseaba con los movimientos de 1848, y para morir también de melancolía, abrumado de achaques y de preocupaciones económicas, con el pensamiento puesto en grandes cosas, con la existencia consumida en minucias. Y, con todo, al recordar sus nobles arranques de otros tiempos, tuvo para el *Quijote* la ocurrencia de llamarlo: «la rechifla de todo entusiasmo».

En cambio Barbey d'Aurevilly, el prototipo del romántico impenitente y rígido, del dogmático incapaz de desengaño, juzgó en estas palabras la obra de Cervantes: «Fué el primer silbido que retumbó distintamente contra el entusiasmo de la guerra, la caridad cristiana y en armas de la andante caballería, el sacrificio, el culto de la mujer, la poesía de todas las exaltaciones, la defensa de todas las debilidades».

Y Byron, ese bárbaro para quien no existe poesía fuera de la pasión, cuyas obras y cuya vida nos ofrecen una masa bruta de melodía rápida, de impetuosidad, de fuerza, de palabras inflamadas y de instintos desbordantes, Byron ha dicho del *Quijote*: «Fué un gran libro que mató a un gran pueblo».

*

La primera parte del *Quijote* vió la estampa en 1605. Cinco diversas ediciones se hicieron de ella ya el primer año de su publicación. Docé ediciones antes de que el autor publicase la segunda parte. Si se tienen en cuenta las diferencias de los tiempos, se advertirá que ese éxito iguala y aun supera los mayores alcanzados en estos tiempos nuestros de enseñanza universal obligatoria.

Y se comprende, si se analiza el momento histórico de su publicación. En el curso del siglo xvi, España había

completado la liberación del territorio nacional contra un enemigo que durante ocho siglos lo había ocupado, había realizado la unidad nacional, había expulsado a moros y a judíos, llevado a término la epopeya de descubrir, conquistar y poblar las Américas, a costa de su propia despoblación, paseado sus banderas victoriosas por Flandes, por Alemania, por Italia, por Francia, por Grecia, por Berbería. De cada hogar español había salido un monje o un soldado, cuando no un monje y un soldado a la vez. Santa Teresa de Jesús, por ejemplo, había visto salir de su casa a siete u ocho hermanos, y, gran lectora de libros de caballerías, había soñado también con recorrer países extraños. Todo el siglo xvi fué para España un estallido de energía. ¡Y qué energía! Recordad los nombres de los primeros circumnavengantes; los de los conquistadores; evocad la memoria del Cardenal Cisneros, de Ignacio de Loyola, de Santa Teresa; no olvidéis los nombres de Torquemada, de Felipe II y del Duque de Alba, porque como ejemplos de energía, son tan eminentes como cualesquiera otros. Acompañad a nuestros tercios en sus cien campañas victoriosas; seguidles cuando van con Carlos V y llegan a Wittemberg; y, al pasar por la tumba de Lutero, sienten el anhelo de desenterrar, para quemarlos, los restos del hombre maléfico que había roto la unidad de la Cristiandad. Recordad de nuevo que en la batalla de Lepanto España había salvado del turco la Europa Occidental.

Pensad ahora en que el móvil de aquel incesante batallar era puro y generoso. Los españoles se daban cuenta clara de que aquellas campañas les estaban arruinando; ahí están las cartas de Felipe II, cuando era Príncipe Regente de España, a su padre el Emperador, en las que decía que la pobreza de las tierras españolas no consentía que se les gravase con impuestos tan altos como los que podían soportar las tierras más ricas del Centro de Europa. Esto mismo repiten, incansables, las peticiones de las Cortes de Castilla. Y, a pesar de todo, Felipe sigue, al subir al trono, la política trázada por

su padre, porque el mandato de lo que creía su deber —el mantenimiento de la fe católica por medio de las armas— le parecía más imperioso, más obligatorio, que el de defender los intereses de su país. Y es que la prodigiosa actividad física del pueblo español durante todo el siglo xvi, se halla acompañada e inspirada por intenso fervor espiritual, que es otra forma de actividad en que también se queman y consumen las energías nacionales. De España surgen la Compañía de Jesús y la mayor y mejor parte de su estupenda producción intelectual y de su obra militante. España es también el brazo y el espíritu del movimiento que la historia registra con el nombre de la Contra-Reforma, que alza valladares definitivos a la difusión del protestantismo por el Centro de Europa. De España nace también el movimiento anti-renacentista, en el seno de la Iglesia Católica, que la devuelve a la severidad que los humanistas le habían hecho perder en Italia. La minoría española lleva también la voz cantante y decisiva en el Concilio de Trento, que fija la ortodoxia de la Iglesia frente a las perplejidades de la Reforma y del Renacimiento. Y de la fecunda actividad literaria de España surgen los orígenes del drama y de la novela modernos.

Pero en los años en que el *Quijote* se concibe y escribe, España se halla ya, y en consecuencia de su actividad pasmosa y excesiva, exhausta, despoblada, miserable, cercana a la derrota. ¿Y cuál podía ser el anhelo más íntimo de aquel pueblo agotado, sino el de reposar? Oigamos a Galdós en su ensayo sobre Cervantes:

«No faltaban héroes todavía, porque esta tierra, aun después de extinguido su vigor, conservaba los gérmenes de aquella raza vencedora que tuvo descendientes por muchos siglos después. Había grandes generales aún y soldados valerosos; pero el ejército se moría de hambre y desnudez en las tierras de Holanda y Milán. Todo indicaba la proximidad de aquellas

desventuras horribles, de aquellos encantamientos que se llamaron Rocroi, la insurrección de Nápoles, el levantamiento de Cataluña, la autonomía de Portugal, la emancipación de los Países Bajos».

¿Os imagináis a los soldados de los ejércitos españoles, muertos de hambre y desnudez, leyendo el *Quijote* en tierras de Flandes o de Italia? ¿Qué buscaban en sus páginas, sino ese profundo deseo de reposo y de vuelta a la casa solariega de la patria, que no se atrevían a confesar, porque eran vencedores, pero que sentían en el fondo de su alma con vehemencia aún mayor que su silencio?

No fuimos lo bastante poderosos para impedir que la Cristiandad se dispersara y para evitar que al Reino de Dios, con que nosotros soñábamos, sucediera el Reino del Hombre, que poco después proclamó en Inglaterra Lord Bacon. Es posible que el sueño nuestro no fuera realizable entonces, pero no tenemos para qué avergonzarnos de haberlo concebido, aunque sí tengamos que dolernos de la excesiva sangre que derramamos al intentar realizarlo. Fué un gran sueño el nuestro y lo persiguieron nuestros padres con energía de héroes, hasta que lo aventaron las tempestades que en los mares del Norte deshicieron las formaciones de la Armada Invencible.

Al concluir nuestro siglo de gloria, España necesitaba descansar, y con *Quijote* y sin *Quijote* habría descansado de todos modos. Pero nadie que conozca bien a España puede desconocer el imperio que ejerce sobre nuestro espíritu popular la filosofía del *Quijote*. Que no hay que ser Quijotes, que no hay que meterse en aventuras, que hay que dejarse de libros de caballería, que al que se mete a redentor lo crucifican; son máximas que la sabiduría popular española no deja apartar nunca de sus labios, y que constituyen la sustancia del ambiente en que nos hemos formado la inmensa mayoría de los españoles. Esta filosofía estaba muy en su punto en el año 1605, y ello justifica el éxito moral de la novela de Cervantes, aparte de sus méritos literarios. Los españoles de entonces

necesitaban un buen descanso. Pero nosotros no podemos ya alegar cansancio por lo que hicieron los abuelos de nuestros tatarabuelos hace más de tres siglos. Y tampoco necesito añadir que este ambiente es muy poco favorable para la renovación de un pueblo. Y ello, porque los renovadores no sólo tendrán que luchar con las dificultades propias a la empresa que se hayan propuesto, sino también contra una atmósfera que les disuadirá por todos los medios de intentar novedades, que los excitará a no moverse sino por los senderos conocidos, que les sugerirá la duda de que están persiguiendo alguna locura quijotesca, y que les recordará que la esencia de la sabiduría consiste en no meterse en aventuras.

El valor de un pueblo, empero, no consiste sino en la suma de aventuras que hayan llevado a término sus hijos. Porque toda creación es aventura, incluso la creación espiritual. ¿Dónde empieza, en efecto? En una hipótesis arriesgada, que la investigación posterior corrobora o rechaza. Pero hay que empezar por aventurarse, y yo conozco españoles que si no llegan a producir ideas originales, no es por falta de capacidad, sino por horror a esa primera aventura espiritual que de momento tiene que perturbar el equilibrio establecido por las ideas que poseen. Y lo que se dice de la creación espiritual se extiende a la obra económica, a la invención científica, al ensayo moral y a la experiencia política.

Esta falsa creencia de que debemos ponernos en guardia contra nuestro espíritu quijotesco se halla tan arraigada y difundida, que hace cometer errores verdaderamente garrafales a hombres de genio. Voy a mostraros un ejemplo eminente. Ningún enemigo de España se atreverá a acusarnos en público de que las últimas guerras coloniales, que culminaron con la desgraciada guerra de 1898, fueron de iniciativa española. Buena parte de nuestra población colonial se sublevó contra nuestra soberanía en 1895. Tratamos de mantener nuestra soberanía lo mejor que pudimos, y en medio de estas dificultades surgió la intervención de los Estados Unidos en favor de Cuba. Lo que se puede

decir en contra nuestra es que si hubiéramos tenido la ocurrencia de haber otorgado a las colonias un régimen de autonomía, o si hubiésemos sabido captarnos el amor o la admiración o siquiera el temor de las colonias, acaso las habríamos conservado. Pues bien; al consumarse la catástrofe, se levanta don Joaquín Costa y dice: «Doble llave al sepulcro del Cid para que no vuelva a cabalgar», y Don Miguel de Unamuno exclama: «Robinson ha vencido a Don Quijote». Es decir, lo primero que se ocurrió a nuestros pensadores más eminentes es que habíamos realizado una quijotada, una imprudencia, una aventura extemporánea, por la que teníamos que pagar, en penitencia, con nuestras colonias, cuando lo que en realidad había acontecido es que habíamos tenido que pelear, muy contra nuestro gusto, una doble guerra colonial, y nuestro pecado había consistido, no en hacer cosas aventuradas, sino, al contrario, en no hacerlas, en no haber prevenido las guerras con las reformas pertinentes al caso.

Creo que el señor Costa no repetiría su frase, si pudiese resucitar, y estoy cierto de que el señor Unamuno no volvería a decir la suya. El año de 1898 marca el comienzo de una cierta agitación espiritual, a la que ha sucedido considerable actividad económica, que pueden ser la base de una total regeneración de la vida española, si se las continúa y vigoriza. Esta agitación espiritual nos ha permitido ver a España con ojos distintos y probablemente más perspicaces. Ya no vemos a España como a un pueblo de locos y de imprudentes, sino al contrario, como a un pueblo cauteloso, donde no se hacen ni la tercera parte de las cosas que podrían hacerse. Y a esto atribuyo, en buena parte, cierta reacción, ya evidente, en nuestro modo de apreciar la influencia espiritual ejercida por el *Quijote*, reacción que me cupo la suerte y la desgracia de iniciar, pero que después he visto confirmada por la primera autoridad científica española, don Santiago Ramón y Cajal, en el estudio que dedicó al *Quijote*, al celebrarse, en 1905, el tercer centenario de su publicación. Permitidme reproducir sus juicios: «¡Ah! si el infortunado soldado de Lepanto, caído y mutilado en el primer

combate, no sufriera desdenes y persecuciones injustas, no se hubiera visto obligado a escribir en aquella terrible cárcel donde toda incomodidad tiene su asiento y todo desapacible ruido hace su habitación; si Cervantes, al trazar las páginas de su libro imperecedero, no llorara una juventud perdida en triste y oscuro cautiverio, ensueños de gloria desvanecidos y desilusiones de un amor idílico, que pareció en sus albores, casi divino, y que resultó, al fin, menos que humano, ¡cuán diferente, cuán vigoroso y alentador *Quijote* habría compuesto!... Entonces (séame lícito acariciar en este punto una candorosa ilusión) la novela cervantina no habría sido el poema de la resignación y de la desesperanza, sino el poema de la libertad y de la renovación».

Aquí dice nuestro sabio más de lo que yo habría dicho jamás. Si Cervantes hubiera alcanzado en vida las fortunas a que tenía derecho, su *Quijote* habría sido muy otro libro, pero no habría sido el libro representativo de la España de su tiempo, y dudo mucho que hubiera podido contener la grandeza que recibe precisamente de su carácter representativo. Leamos, pues, el *Quijote*, en su perspectiva histórica. Lo gozaremos doblemente que antes, porque lo comprenderemos mejor, pero nos libraremos también de la sugestión funesta de marasmo que infunde al lector desprevenido. Digámonos y repitámonos que España quiere recuperar la iniciativa histórica. El *Quijote* se encargará de recordarnos que ello no es siempre cosa fácil; pero no cesemos, por ello, de procurar recuperarla, porque en ella consiste no tan sólo la dignidad de los pueblos, sino también la plenitud de la vida.

RAWIRO DE MAEZTU

La intolerancia

(Al señor don Sinfaroso Quintanilla)

Bien saben los que a usted y a mí nos conocen, que de este pecado no tenemos, gracias a Dios, que arrepentirnos.

No van, pues, conmigo ni con usted los presentes RASGUÑOS, aunque mi pluma los trace y a usted se los dedique; ni van tampoco con los que tengan, en el particular, la conciencia menos tranquila que la nuestra, porque los pecadores de este jaez ni se arrepienten ni se enmiendan; además de que a mí no me da el naípe para convertir infieles. Son, por tanto, las presentes líneas, un inofensivo desahogo entre usted y yo, en el seno de la intimidad y bajo la mayor reserva. Vamos, como quien dice, a *echar un párrafo*, en confianza, en este rinconcito del libro, como pudiéramos echarle dando un paseo por las soledades de Puerto-Chico a las altas horas de la noche. El asunto no es de trascendencia; pero sí de perenne *actualidad*, como ahora se dice, y se presta, como ningún otro, a la salsa de una murmuración *lícita*, sin ofensa para nadie, como las que a usted le gustan, y de cuya raya no pasa aunque le desuellen vivo.

Ya sabe usted, por lo que nos cuentan los que de allá vienen, lo que se llama en la Isla de Cuba un *atajaja*! Un quídam *toma* de una tienda un pañuelo.... o una oblea; le sorprende el tendero, huye el delincuente, sale aquél tras éste, plántase en la acera, y grita *atajaja!*, y de la tienda inmediata, y de todas las demás, por cuyos frentes va pasando a escape el fugitivo, le salen al encuentro banquetas, palos, pesas, ladrillos y cuanto Dios o el arte formaron de más duro y contundente. El *atajado* así, según su estrella, muere, unas veces en el acto, y otras al día siguiente, o sale con vida del apuro; pero, por bien que le vaya en él, no se libra de una tunda que le balda.

Como se deja comprender, para que al hombre más honrado del mundo le toque allí la lotería, basta la casualidad de que al correr por una calle, porque sus negocios así lo requieran, le dé a un chusco la gana de gritar *atajaja!* Porque allí no se pregunta jamás *por qué*, después que se oye el grito: se ve quien corre, y, sin otras averiguaciones, se le tira con lo primero que se halla a mano.

Pues bien: a un procedimiento semejante se ajusta, por lo común, entre los hombres *cullos* de ambos hemisferios, la *formación* de los caracteres. No diré que sea la fama quien los *hace*; pero sí quien los califica, los define.... y los *ataja*.

Me explicaré mejor con algunos ejemplos.

Un hombre, porque tiene la cara así y el talle del otro modo, es cordialmente antipático a cuantos no le conocen sino de vista, que son los más.

—¡Qué cara! ¡qué talle! ¡qué levita! ¡qué *aire!*—dice con ira cada uno de ellos, al verle pasar. Y si averiguan que se ha descalabrado, por resbalar en la acera,

—¡Me alegro!—exclaman con fruición—porque ¡cuidado si es *cargante* ese mozo!

Y si se habla de un ahogado en el baño, o de un infeliz cosido a puñaladas en una callejuela, o de un desgraciado mordido por un perro rabioso, dícense, con cierta delectación, pensando en el antipático:

—¡*el* es!

Pero llega un día en que se le ve del brazo de quien más le despellaba; preguntase a éste cómo puede soportar la compañía de un hombre tan *insufrible*, y responde con el corazón en la mano:

—Amigo, estábamos en un grandísimo error: ese sujeto es lo más fino, lo más discreto, lo más bondadoso.... lo más *simpático* que darse puede.

Así es, en efecto, el fondo de aquel carácter que en el concepto público, según *la fama*, es todo lo contrario, por lo cual se le niega la sal y el fuego.

Ilustraré este caso con otro dato, que si no es enteramente irrecusable, es, cuando menos, de una ingenuidad meritoria. No sé, ni me importa saber, la opinión de que goza mi propio carácter *entre la gente*; pero es lo cierto que hombres que hoy son íntimos y bien probados amigos míos, me han dicho alguna vez:

—¡Caray, qué *insoportable* me eras cuando no te conocía tan a fondo como ahora!

Jamás me he cansado en preguntarles el *por qué* de su simpatía. Cabalmente la sentía yo hacia ellos en igual grado de fuerza.

—¡Qué hombre tan *célebre* es Diego!—dice la fama—. Es un costal de gracias y donaires.

Y es porque Diego hace reír a cuantas personas le escuchan, y sus burlas son celebradas en todas partes, y sus *bromazos* corren de boca en boca y de tertulia en tertulia, y hasta las anécdotas más antiguas y resobadas se le atribuyen a él por sus admiradores.

Ocúrresele a usted un día estudiar un poco a fondo al *célebre* Diego, y hállele hombre vulgarísimo, ignorante y sin pizca de ingenio ni de cultura; capaz de desollar la honra de su madre, a trueque de hacerse aplaudir de aquellos mismos que le han colocado con sus palmoteos en la imprescindible necesidad de ser *gracioso*.

Al revés de Diego, Juan es ingenioso y prudente, seco y punzante en sus sátiras, oportuno y justo al servirse de ellas; y, sin embargo, Juan, según dicen, es una *vulgaridad antipática*.

Una dama espléndida y de buen humor, reúne en su casa, muy a menudo, una *escogida sociedad*. La tal señora no tiene, en buena justicia, prenda que digna de notar sea en su persona. En terreno *neutral*, sería una completa vulgaridad. Pero hay lujo en sus salones y gabinetes, variedad en sus fiestas, abundancia en sus *buffets*, novedad en sus trajes, y siempre una sonrisa en su cara. Los asiduos tertulianos se saturan de este conjunto; siéntense repletitos de estómago en el elegante comedor, bien divertidos en el estrado suntuoso, hartos de música y de danza, y todo de balde y cada día. ¿Cómo, a la luz de tantas satisfacciones, no ha de parecerles encantadora, o por lo menos *distinguidísima*, la persona que se las procura, con celo y desinterés verdaderamente maternales?

Así nace la fama de esa *distinción*: pregónanla las bocas de los tertulianos donde quiera que se baila y se cena de balde, y luego en corrillos y cafés, y cáta la proverbial en todo el pueblo, y a la dama, autorizada para enmendar la plana a la moda reinante y acreditar caprichosos aditamentos de su invención, como prendas de gusto superfino.

Enséñansela en la calle a usted, que no baila, y dícnle los que la saludan:

—¡Qué señora tan elegante, tan *chic*... y qué talento tiene!

Ni usted la halla elegante, ni eso que los elegantes llaman *chic*, no sé por qué; ni ha visto usted una muestra del ensalzado talento; pero tanto se lo aseguran, que antes duda usted de la claridad de su vista y de la solidez de su juicio, que de la razón de la fama.

Al mismo tiempo pasa otra señora, bella a todas luces, elegante sin trapos raros, y discreta a carta cabal; y usted, que es sincero, dice al punto *a los otros*:

—¡Esto es lo que se llama un tipo elegante y distinguido!...

—Cierto que no es *enteramente vulgo*—le contestan con desdén; --no es fea, no es tonta... *pero* le falta, le falta... vamos, le falta....

¡Qué canario!—digo yo: lo que le falta es dar un baile cada tres días y una cena en cada baile, como la otra; pues la mayor parte de los juicios que hacemos de las cosas, dependen, según afirmó muy cuerdamente el poeta,

del cristal con que se miran.

Demuestran los casos citados, y otros parecidos que no apunto por innecesarios, que la señora fama no juega siempre limpio en sus pregones, y que al inocente que se descuida le vende gato por liebre, o, siguiendo el similitud habanero, *ataja* sin caridad ni justicia al primer transeunte que corre delante de ella, mientras el verdadero delincuente fuma tranquilo el robado *veguero* dos puertas más abajo.

Pero, al fin, estos ejemplares no mueren en el trance, y, aunque heridos y maltrechos, llegan a curarse; y, en ocasiones, hasta parece el ratero y lleva su merecido en la cárcel de la opinión pública.

Donde el *ataja* es de muerte, y completa la perversión del buen

sentido, es en lo referente al pecado social de la «*intolerancia*», contra el que bufan y trinan los hombres y las mujeres que tienen la manía de creerse *muy tolerantes*, y, lo que es peor, la de contárselo a todo el mundo. Aquí sí que puede decirse que van los proyectiles a la cabeza de los *atajados*, cuando debieran estrellarse en las de los *atajadores*.

Esto es lo que vamos a ver, con clarísimos ejemplos y no con estiradas metafísicas, que marean más que convencen, y además no caben en la paciencia angelical de usted ni en la mía.

Como punto de partida, y para los efectos legítimos de esta conversación, hemos de fijar el verdadero alcance que tienen la *intolerancia* y la *tolerancia* a que me refiero.

Llámase, en el ordinario trato social, *intolerante*, al hombre que, de cuanto ve a su lado, solamente aplaude lo que le agrada, o le parece ajustado a las leyes del buen sentido; y se llama *tolerante* al que lo aplaude todo, racional y absurdo, serio y ridículo, cómodo y molesto; al que a todo se amolda en la *sociedad*, menos a tolerar con calma que otros censuren algo de ello.

Y dice usted, como deducción lógica de estas dos definiciones:

—Luego viene a quedar reducido *el caso*, si no es cuestión de *más* o de *menos franqueza*, a tener o no tener *paladar* en los sesos. De cualquier modo, pierden el pleito los señores tolerantes.

Es la pura verdad; y para remacharla, vayan ahora los prometidos ejemplos, pues, como decía el soldado de la comedia que tanta gracia nos hizo en cierta ocasión, «*con los deos se hacen los fideos*».

Concurre usted ordinariamente, para esparcir las nieblas del mal humor, a un punto (llamémosle H), donde halla conversación, si quiera tolerable, lectura deleitosa, espacio para revolverse y muelles sillones en qué tender, en un apuro, el cuerpo quebrantado. Allí no choca que usted permanezca mudo y silencioso, si el hablar le incomoda; ni lo que se hable le molesta, porque si no es instructivo ni risueño, tampoco es sandio. Aunque el tal esparcimiento no es cosa del otro jueves, para quien, como usted, no los cuenta por docenas, vale más de lo que parece. Pero un día se ve invadido el local por una turba de *gomosos*, que tararean trozos de ópera, y hablan a gritos, y se tumban sobre los muebles, y aporrean las mesas con los bastones, y se tirotean con *chistes* de rincón a rincón, y se descubren sus *calaveradas* del *gran mundo*.... y lo demás de rúbrica en tales casos y entre tales gentes. Sufre usted con paciencia esta primera irrupción, y casi, casi, la segunda; pero al ver en la tercera que el mal se hace crónico, renuncia usted generosamente a sus adquiridos derechos, y no vuelve a poner los pies en aquel centro de racionales entretenimientos.

Uno de los *tolerantes* que con usted concurría a él, le encuentra en la calle andando los días.

—¿Cómo no va usted ya por allá?—le dice, abrazándole.

—Pues, hombre,—responde usted con entera ingenuidad,— porque no se puede sufrir *aquello*.

—¿Lo dice usted por esos *chicos*?....

—Cabal.

—¡Bah!.... se ahoga usted en poca agua.

—Por lo visto, ¿a usted le divierten?

—Hombre, tanto como eso, no; pero no me incomodan.

—Pues a mí, sí.

—Porque, con franqueza, amigo: es usted *¡muy intolerante!*

¡Vea usted qué jurisprudencia tan peregrina! Le echan a usted de casa; ni mata usted ni encarcela a los invasores; se larga usted a la calle sin desplegar los labios, y distrae usted su fastidio brujuleando por donde mejor le parece, probablemente en paz y en gracia de Dios; hay quien halla tolerables las causas de este cambio forzoso de vida, ¡que ya es tolerar! y, al propio tiempo, no tolera que usted diga que huye de ellas porque no las puede resistir. ¡Y, sin embargo, usted es el *intolerante*, y no los que con cuatró majaderías quieren imponerse a cuarenta personas serias, ni los que se escandalizan de que alguien halle insoportable la imposición!

.....—
Trátase ahora de un embustero, que un día y otro día le abruma a usted con narraciones autobiográficas, sin principio ni fin, como la eternidad de Dios; pero muy punteadas, muy comeadas y con más espacios que un libro de malos versos. Oye usted una historia, y dos, y tres, ya con mala cara; pero, al fin, se acaba la paciencia, y un día interrumpe usted al sujeto de los a propósitos, y le dice:

—Mire usted, hombre; en primer lugar, la mayor parte de lo que usted me cuenta se lo he contado yo a usted en cuatro palabras; en segundo lugar, le sucedió a un condiscípulo mío en Oviedo, y no a un amigo de usted en Zaragoza; en tercer lugar, no pasó como usted lo refiere, sino del modo contrario: mi condiscípulo no adquirió una capa aquella noche, sino que perdió la que llevaba, y, además, el juicio, con costas, a los pocos días....

—Pues lo mismo da....

—Justo: media vuelta a la derecha es lo mismo que media vuelta a la izquierda, sólo que es todo lo contrario.

—¡Caramba, es usted *lo más intolerante*.... No se puede hablar con usted!....

¡Todavía le parece poco, al ángel de Dios, la tolerancia que se ha tenido con él!

Media docena de mujeres, o menos, si a usted le parecen muchas seis, se pasan una tarde entera desollando con la lengua al lucero del alba. ¡Eso sí, con las mejores formas y la intención más santal! De uná dirán que es *un dolor* que, siendo tan bonita, sea tan charra

en el vestir, tan tosca en el hablar, tan inconsecuente en sus amistades, tan desleal en sus amores; de otra, que es mordaz y maldiciente, en lo cual se perjudica mucho, porque teniendo esta falta, y la otra, y la de más allá, da pie para que cualquiera que se estime en tan poco como ella, se las saque a relucir; de otra, que es una desgraciada, porque el marido la ha puesto a ración, así en el vestir como en el bailar, a causa de que fué algo despilfarrada siempre en estos dos ramos de *buena sociedad*; de otra, que ya no halla modista que la haga un traje si no paga adelantadas las hechuras, y que no le venden nada en las tiendas, sino con el dinero en la mano, etc., etc.... En ésto, entra usted (es de suponer) y, continuando el desuello, llegan a preguntarle si conoce a cierta señora de éstas o las otras señas; y como la tal es mujer de historia, y usted la sabe de corrido, repítela allí con comentarios, creyendo hacer a su auditorio un señalado servicio. Yo creo también que usted se lo hace, pues no fué a humo de pajas la preguntita; pero es lo cierto que todas aquellas señoras, después de oírle a usted, exclaman, con el más sincero de los asombros:

¡Jesús!.... Con razón dicen que es usted temible.

—¡Yo temible, señoras mías?—responde usted—. ¿Y por qué?

¡Porque es usted lo más *intolerante* y lo más!....

¡Vaya usted a convencer a aquellas damas de que viven constantemente encenagadas en el pecado que a usted le cuelgan!

No hay inconveniente en que, abandonando estos tiquis-miquis que ocurren en el ordinario trato social, dirijamos el anteojo unos grados más arriba.

Todos los días halla usted en periódicos, en folletos y en libros, sátiras, burlas y disertaciones en serio contra ideas, sentimientos y hasta personas muy de la devoción de usted. Ocúrresele mirar al campo de donde parten tantos proyectiles, y le ve usted sembrado de ridiculeces, farsas y toda clase de miserias; saca usted al palo media docena de ellas, por vía de muestra, en un papel, en un folleto o en un libro; y ¡Virgen María!, cómo le ponen a usted de *intolerante* y de *mordaz*, los mismos que tienen la mordacidad y la intolerancia por oficio!

Así, andan, amigo, las cosas de justicia en el ordinario comercio de las gentes; así se *ataja* al más inofensivo en el trayecto social en que pasea su nombre, y así se pretende conducirlo al extremo a que no llegan en el mundo más que las bestias.... y los que tienen la manía de la tolerancia (siendo lógicos en ella): a ver, oír y callar.... es decir, a matar la sed con petróleo, allí donde haya un extravagante que tal haga delante de usted.

Usted es hombre de sencillas y ordenadas costumbres (es también un suponer): ni el mundo le tira, ni sus pompas y algarradas le seducen. Estos son gustos lícitos y racionales. Ajustándose a ellos, en paz y en gracia de Dios, se da usted con un baile en los

ojos: tuerce usted el camino; tropieza usted más allá con una mascarada de *calaveras del gran mundo*; écha usted por otro lado; allí topa usted con la misma gente haciendo cuadros plásticos y animados acertijos: cambia usted de rumbo; aquí *asaltos*, en el otro lado conciertos.... pues a la otra ácera. Ni usted apedrea a los que bailan, ni apostrofa a los que *jiran*, ni se ríe de los que se descoyuntan para remedar a Cristo en la agonía, ni silba a los que reciben una *sorpresa*, anunciada quince días antes, ni influye con el Gobernador para que meta en la cárcel a toda esa gente: límitase a huir de lo que le aburre, y a hacer lo que más le divierte o menos le incomoda. No haría otra cosa un santo.

Pero es el caso que los señores tolerantes no se conforman con esto, y quieren que les diga usted por qué no concurre a los bailes, y a las *jiras*, y a los cuadros vivos, y a los asaltos.... y aquí está el intrínquis precisamente; y si estos RASGUÑOS que trazo no fueran, como he dicho, un inocente desahogo entre nosotros dos, y en reserva, me atrevería a llamar la atención del lector hacia el aparente fenómeno, cuya explicación es sencillísima, por lo cual no es fenómeno, aunque por tal le toman algunos.

Cuando a usted se le pregunta por qué no piensa como su vecino sobre determinados puntos de trascendencia, a buen seguro que se le ocurra a nadie que oiga la respuesta, agarrarse a ella para llamarle a usted *intolerante*; pero que se le pregunte por qué no baila, por qué no *jira*, etc., etc.... y no bien ha contestado usted, ya tiene encima el *Inri* de la *intolerancia*. Y ¿por qué en este caso y en el otro no? Porque no está el intrínquis en la persona, ni en sus razones, ni en el modo de exponerlas, sino en la cosa de que se trata, que, muy a menudo, es, de por sí, ridícula, o impertinente, o pueril euando menos, y no resiste, sin deshacerse entre las manos, el análisis de un hombre de seso; al cual hombre, no pudiendo replicársele en buena justicia, en venganza se le pone un mote.

Por eso llevan el de *intolerantes* tantos caracteres dóciles, y creen poner una pica en Flandes, y hasta se llaman *guapos chicos* y excelentes sujetos en la sociedad, los que en ella *entran con todas*, como la romana del diablo, menos con el sentido común. *Quod erat demonstrandum*.

A pesar de ello, y aun de la mucha saliva que al propio asunto hemos consagrado en nuestras conversaciones *verbales*, júzgole apenas desflorado. ¡Cuánto me queda todavía que oír de los inofensivos labios de usted!

Entre tanto, y dicho lo dicho, despidámonos por hoy, con la íntima satisfacción, bien añeja en nosotros, de haber pasado juntos, en espíritu, un agradable rato, sin murmurar de nadie ni ofender al prójimo con hechos, con dichos ni con deseos.

Esbozos y Rasguños.

J. M. DE PEREDA

Sucede con algunas palabras lo que con las monedas en que, a fuerza de circular, se ha borrado el perfil de la imagen.

ANATOLE FRANCE

«La humanidad está cansada de palabras. Cuando se compara lo que han dicho los hombres con lo que han hecho, se nos aparece el lenguaje como un acompañamiento desconcertante, un gorjeo vano e incongruente, una vaga ilustración musical. ¡Oh, la vejez desesperante de las palabras, que se niegan, cansadas, mustias, a decir nuestro espíritu!... En vano luchamos para infundirlas un soplo de calor y de vida».—MACHADO.

¡Oh, noble y generoso amigo! ¿Quién podrá interpretar mal tus certeros juicios? Si no mancha al hombre lo que entra por la boca sino lo que al exterior sale de ella, es porque de la abundancia del corazón hablan los labios. La palabra es vana cuando el pensar es vano; el verbo es estéril cuando el pensamiento tiene pecado de infecundidad; no por hablar mucho sino por hablar mal se condenan los lenguaraces. No padecemos empacho de literatura, sino de falsa literatura; de la que nada dice, precisamente porque nada hace; sin pasión, sin vida, sin cuerpo, sin alma, sus palabras son hueras, no por ser palabras, sino precisamente por no serlo, por carecer de expresión justa, por no responder a un pensamiento fijo, a una acción, a un estado interno. ¿Qué culpa tienen los poetas de que hablen los loros?—A. ZOZAYA.

Escribe Ruskin: «Si se me preguntase cual, entre los escritores populares y poderosos en la causa del error, ha sido el que ocasionó más daño a la raza humana, dudaría si nombrar a Voltaire, a Byron, al más venenoso e ingenioso de los degradados filósofos de Alemania, o más bien a Cervantes, porque este último selló con mofa los más santos principios de humanidad, y desde su tiempo, los más puros impulsos y los más nobles intentos, el diablo logró frustrarlos empleando el nombre de quijotismo más a menudo que cualquier otra denominación torpe o falso alegato».

RENOVACIÓN

Cuadernos de 64 a 96 págs. de un sólo autor
Precio: 30 céntimos elemplar

FALCÓ & BORRASÉ, Editores

PUBLICADOS:

- 1 *Las vírgenes locas*, V. Blasco Ibañez.
- 2 *Clopinel*, Anatole France.
- 3 *Homenaje a Francia 1917*.
- 4 *La Escuela Altruista*, Anselmo Lorenzo.
- 5 *Lecturas*, Angel Ganivet.
- 6 *La Basílica-fantasma*, Pierre Loti.
- 7 *El Príncipe Feliz*, Oscar Wilde.
- 8 *Miscelánea literaria*, Juan Maragall.
- 9 *La Ciencia y la Metafísica*, C. Gagini.
- 10 *La vida que pasa*, Eduardo Zamacois.
- 11 *El Estado Docente*, R. Castro Meléndez.
- 12 *La canción triste*, Vicente Medina.
- 13 *Del momento fugaz*, L. Montalbán.
- 14 *Homenaje a Francia 1918*.
- 15 *Desde Europa*, José Enrique Rodó.
- 16 *Dialogos sobre la Belleza*, F. Pi y Margall.
- 17 *Páginas selectas*, Jacinto Benavente.
- 18 *Antología Hispano-Americana*, Nicaragua.
- 19 *Malos vecinos*, Georges Clemenceau.

PRÓXIMO CUADERNO:

- 20 *El patio azul*, Santiago Rusiñol.

EN PREPARACIÓN:

- El milagro de la campana*, Pio Baroja.
El hijo del camino, Jacinto Octavio Picón.
Un poeta lírico, Eca de Queiroz.
Prometeo, Ramón Pérez de Ayala.
Crónicas sociales, Joaquín Dicenta.
Poemas, Rabindranat Tagore.
Evangélicos, Pedro P. Palacios (Almafuerte).
La perla negra, Victoriano Sardou.
Interior (teatro), Mauricio Maeterlinck.

Nuestro propósito es dar a conocer los trabajos más notables de Literatura, Ciencia y Pedagogía.

En todos los cuadernos publicaremos una nota bibliográfica y el retrato del autor.

Aparecerán sucesivamente producciones de los escritores más conocidos de todos los países.

LE INTERESA saber, si usted desea economizar, que en el taller donde se edita esta revista se empastan libros a precios económicos, y a entera satisfacción del cliente.

Háganos usted un encargo y quedará satisfecho del trabajo.

Dirección: Imprenta Falcó y Borrásé,
7.^a Avenida, Este, N.º 42. Apartado 638,
San José, C. R.

Eos-Lecturas-Renovación

PUNTOS DE VENTA:

EN SAN JOSE: Librerías Falcó y Borrásé, editores; Tormo, Alsina y Montero.

EN PROVINCIAS:

- CARTAGO: Alejandro Bonilla.
 ALAJUELA: Moisés Rodríguez G.
 HEREDIA: Rafael J. Elizondo.
 PUNTARENAS: Francisco María Núñez.
 LIMON: Próspero Ramírez.
 LIBERIA: Alberto Cortés C.
 ESPARTA: José M.^a Benavides.
 ATENAS: Augusto Jenkins.
 GRECIA: Humberto Bolaños.
 SAN RAMÓN: Nautilio Acosta.
 JUAN VIÑAS: Jaime Marín P.
 PURISCAL: Jaime Chavarría.
 SANTA ANÁ: Juan Méndez Chaves.
 NARANJO: Saúl R. Cordero.
 ZARCERO: Jesús Vargas Alvarado.
 DESAMPARADOS: Amado Naranjo.
 SANTO DOMINGO: Carlos de J. González.
 TRES RIOS: Joaquín Vargas Coto.
 VILLA COLON: Fabio Rojas.
 SANTA CRUZ (Guan.) Remberto Briceño.

NUESTRO DEPOSITO de las publicaciones «Eos», «Lecturas», «Renovación» y «Ediciones Minúsculas», está en la Librería Tormo, al lado de La Magnolia, Av. Central.

LIBRERÍA FALCO Y BORRASÉ

MARTÍNEZ RUIZ (JOSÉ) «Azorín»

<i>La Voluntad</i> , empastados.....	3,00
<i>Al margen de los clásicos</i>	5,00
<i>Los valores literarios</i>	5,00
<i>Los Pueblos</i>	4,50
<i>El Licenciado Vidriera</i>	4,50
<i>Un discurso de La Cierza</i>	4,50
<i>Un pueblecito</i>	4,50
<i>El político</i>	4,50
<i>Antonio Azorín</i>	3,00
<i>Confesiones de un peq. filósofo</i> ...	4,50

H. ECKEL (ERNESTO)

<i>Historia de la creación de los seres</i> , 2 t.	8,00
<i>Los enigmas del universo</i> , 2 tomos...	3,50
<i>Las maravillas de la vida</i> , 2 tomos...	5,00

BENAVENTE (JACINTO)

<i>El dragón de fuego</i> , pasta.....	1,50
--	------

Librería de Falcó y Borrásé

7.^a Avenida, Este, No. 42, San José, C. R.

056
C191c
e.n.

EOS



Tomo VII = Precio: 15 CÉNTIMOS = Cuaderno 94

Administración:
7.^a Avenida, Este, 42
San José, C. R.

EOS

Propietarios:
Falcó y Borrásé
Apartado 638

APUNTES Y RECORTES

El Sol y nosotros

(Abreviado)

Contentémonos por ahora con exponer las influencias solares. En verdad, es todo un capítulo de astrología moderna, pero de una astrología que rechazarían nuestros antepasados de la Edad Media.

Esa bola de fuego, un millón trescientas mil veces más voluminosa que la Tierra, rige a todos los organismos de nuestro planeta. Bañado día y noche nuestro globo con sus fecundantes rayos, aspira su calor y su luz. Pero la fuente que nos proporciona esta energía no es constante. Hace veinte años que vengo sosteniendo esta verdad, y tengo la satisfacción de ver que progresa en el mundo de los astrónomos, aun entre los extraños a la ciencia del Sol.

Nuestra gran estrella central es comparable a un horno ardiente que devora en cuatro años y medio el combustible que lo alimenta. Después el hogar se atenúa durante los siete años siguientes, y así se repiten los mismos fenómenos sucesivamente.

La vida entera de un astrónomo no basta para estudiar las manifestaciones variadas de las envolturas solares: nubes incandescentes a una temperatura de 6,000 grados; huracanes terribles que cubren superficies mil veces superiores a la de la Tierra y que provocan la aparición periódica de las manchas; explosiones formidables que engullirían centenares de planetas como el nuestro; tormentas

terroríficas ante las cuales las convulsiones de nuestra diminuta atmósfera no son sino juego de niños.

Sin duda alguna, a la distancia a que nos encontramos, nuestros ojos, sin el auxilio de los telescopios, no adivinan nada de las pulsaciones de ese organismo formidable cuya complejidad asombra a los sabios; pero la física moderna ha decuplicado nuestros sentidos; cada día la placa fotográfica registra fluctuaciones de las envolturas solares; puesta la atención detrás de sus instrumentos, provisto de espectroscopios, el Astrólogo actual—quiere decir, el astrónomo—sigue las fases de la lucha titánica, cuyas peripecias se desarrollan ante sus ojos maravillados. Sin embargo, ese rayo de luz emanado del horno en ebullición no nos proporciona solamente el reflejo de los combates épicos que se libran en la altura entre los elementos desencadenados. Adaptado a formas incesantemente cambiantes, el rayo luminoso contiene en su seno toda la gama de las radiaciones, desde aquella que ilumina hasta aquellas que calientan, que electrizan, que vivifican y que fecundan.

Bajo esa mecanoterapia natural y sabia, la Tierra vibra al unísono del arpa solar; y la delgada película sobre la que habita el microbio humano es sacudida por terribles convulsiones.

*

Los estudios más recientes, en particular el examen espectroscópico de las manchas y de las nubes incandescentes del sol, han confirmado plenamente mi teoría y mis hipótesis. El astro del día obra sobre la tierra como un foco intermitente. Por esto cabía preguntar si esa fuente calorífica, en sus variaciones, no tenía una repercusión en nuestra climatología y sobre un gran número de fenómenos conexos.

En efecto, hace ya mucho tiempo que el gran Herschel encontraba una relación entre el número de las manchas y el precio del trigo en Inglaterra. Ya he demostrado en otras ocasiones, con datos estadísticos, que la producción del trigo y de la viña en Francia, siguen paso a paso la curva de la actividad solar. Más recientemente encontré

que el número de icebergs desprendidos del Polo Norte que vagan al azar en el Océano Atlántico, está en relación directa con el fenómeno de las manchas solares. Así, pues, por un accidente fácilmente explicable, nuestro clima, que depende en absoluto de la Gulf-Stream, puede experimentar cambios de temperatura inversos del calor del sol.

Sin embargo, en las regiones continentales vecinas al Ecuador, el aumento de calor en los períodos de máximo de las manchas solares, se observa perfectamente; en esas condiciones, la evaporación de los océanos aumenta, la caída de las lluvias sigue de cerca al máximo undecenal de las manchas.

La influencia del sol no se detiene ahí: durante todos los once años a que me he referido, la electricidad solar desprendida por los fenómenos químicos debidos a la combustión de los materiales volatilizados en el infernal horno, viene, por influencia, a excitar nuestra atmósfera; las auroras polares redoblan entonces su intensidad por encima de las regiones glaciales de nuestro planeta; la aguja magnética se vuelve loca y nuestras brújulas pierden el Norte; grandes corrientes eléctricas cruzan el globo en el sentido de su rotación; las líneas telegráficas dejan de funcionar por horas y aun por días enteros; los gases interiores levantan la costra terrestre, los volcanes se encienden y los ciclones recorren los océanos; ningún átomo, ningún ser viviente puede sustraerse a las fuerzas misteriosas que emanan del astro central.

Sin embargo, esas manifestaciones se exageran todavía más desde hace unos treinta y cuatro años; la crisis solar se hace sentir sobre todo en nuestras latitudes, en donde los ciclos de lluvia y de sequía alternan por períodos de diecisiete años aproximadamente.

Ante tales hechos, sería una locura creer que el ser humano pueda escapar a la influencia de las convulsiones solares. Nuestro organismo es mucho más sensible de lo que suponían los físicos de otros tiempos: no vemos la electricidad, y sin embargo, la sentimos cuando amenaza la tempestad.

El fluido eléctrico emanado del sol debe, por consiguiente, influenciar nuestro sistema nervioso y traducirse en efectos tangibles sobre una naturaleza siempre dispuesta a registrar las ondas que recorren la atmósfera.

¿No es verdad que se ha observado también en el hombre la existencia de corrientes análogas a aquellas que cruzan nuestras líneas telegráficas? Cada uno de nosotros es comparable a una especie de pila, o mejor dicho, de dinamo que desarrolla en torno de sí un campo magnético definido; una máquina en la que circula un fluido cuya potencia varía a cada instante. La substancia nerviosa parece, en efecto, presentar polos a la manera de un imán o como si fuera una barra de hierro dulce encajada en un anillo Gramme.

Sin duda alguna, estas comparaciones pecan en más de un punto; la ciencia de la materia organizada no ha dicho todavía su última palabra; en esa vía está todo por descubrir y lo que llamamos el influjo nervioso aportará a la medicina y a la fisiología una enorme contribución.

En todo caso, cualesquiera que sean nuestras hipótesis actuales, allí están los hechos que hablan bien claro: nuestro cuerpo es en todo asimilable a una torre de telegrafía sin hilos, que registra las menores variaciones del fluido eléctrico solar.

¿Queréis ejemplos? He recogido centenares de ellos en el curso de mis observaciones. He pasado una parte de mi vida dedicado al magisterio, y por consiguiente, en contacto con toda clase de discípulos. Ahora bien, por regla general, los castigos aumentan en los días de grandes desviaciones magnéticas. Así, pues, no solamente las manchas solares enloquecen la aguja de la brújula, esa barra imanada de naturaleza puramente metálica, sino también el organismo completo del niño, sensible a los excesos, y que, no encontrando en sí mismo la fuerza para reaccionar contra esa excitación momentánea, se entrega en aquellos momentos de crisis general a toda clase de excentricidades.

Esto no es más que un ejemplo. Debemos reconocer que el estado eléctrico de la atmósfera ligado con el sol, influye sobre nuestro carácter, sobre nuestras disposiciones, sobre nuestros humores esencialmente variables, y probablemente sobre el buen acuerdo en los negocios; sobre nuestras reuniones parlamentarias, sobre el voto de nuestras leyes, y quién sabe si también sobre la tensión de las relaciones diplomáticas entre los Estados, y finalmente sobre las declaraciones de guerra.

.... Y LAS GUERRAS ESTALLAN

En efecto, lo que admitimos para un organismo aislado, con mayor razón debe ser verdadero cuando se trata de un conjunto; aquí, la voluntad individual se atenúa, la muchedumbre obedece a la ley matemática de los grandes números.

A los períodos de mínimum de actividad solar, si mis deducciones son legítimas, deben corresponder años de calma y de paz para las naciones. Echad una ojeada sobre el diagrama que dan las variaciones del sol y observaréis hasta qué punto la Astronomía puede indicar a los gobernantes, «conductores del carro del Estado», los cambios, los virajes bruscos y las curvas peligrosas.

Hace mucho tiempo que los astrónomos habían hecho notar la coincidencia del mínimum de actividad solar con los años de exposición universal. Pero a medida que esa actividad aumenta se observa que una especie de fiebre se apodera de la humanidad: nacen las quejas por todas partes, las guerras estallan entre los pueblos; se diría que un viento de locura agita al mismo tiempo todos los cerebros.

Vayamos más lejos todavía y agreguemos a estas consideraciones una nota que yo hubiera querido dar a conocer mucho antes de la guerra, lo mismo en mis artículos que en mis conferencias: cuanto más una nación se aproxima a la animalidad, se pone en estado de no poder reaccionar sobre los fenómenos del instinto o de la inconsciencia. Estudiad la historia contemporánea y veréis que

las dos ocasiones, en el espacio de medio siglo, en que los alemanes han puesto fuego a Europa, han coincidido con grandes crisis solares. La guerra de 1870 tuvo verificativo poco después del gran máximo de actividad solar, que comenzó en 1867; la de 1914 no ha seguido muy lejos las convulsiones eléctricas del sol, en los últimos años. Mucho tiempo antes de 1913, después de Agadir y de Marruecos, los espíritus avisados sentían que la guerra se respiraba con el aire.

Si mi tesis es exacta, la ciencia habrá demostrado una vez más a qué nivel moral conduce «la Kultur» alemana.

ABATE TH. MOREUX

¡Memento!

La guerra militar habrá terminado. La otra, no!

Todo lo que se escribe ahora y se dice de la guerra, que es un gran azote, todo esto es verdad. Pero se debería también considerar cuánto mayor es el azote del cual nos defendemos por medio de ella. En suma, no hay que ver en la práctica de la guerra cómo se estrangula, cómo se quema, cómo se combate y qué conducta se observa: esto es lo que hacen los ojos limitados y simplistas de los niños que no consideran al cirujano más que cortando una mano o aserrando una pierna, sin ver que es necesario hacer esto para salvar el cuerpo entero. Del mismo modo, basta mirar con ojos viriles la función de la espada y su acción terrible para comprender que es una tarea divina en sí y tan útil, tan necesaria a las gentes, como comer y beber.—LUTERO.

Lo que nos falta, aquello de lo cual muchos alemanes deploran dolorosamente la ausencia en nuestra política exterior, no son medidas nuevas, sino un poco más de temperamento y de aplomo. Nos convendría un gobierno que, en vista del abuso público y funesto que se hace de la palabra *paz*, pusiese esta palabra fuera de circulación por algún tiempo.—FRIEDRICH LANGE.

En los «buenos tiempos antiguos» sucedía de vez en cuando que un pueblo fuerte atacaba a uno débil, lo exterminaba y lo expulsaba de su patrimonio. Hoy no se cometen ya estos actos de violencia. Hoy se pasa todo blandamente en este pobre mundo, y los privilegiados son partidarios de la paz. Los pueblos pequeños y los residuos de pueblos han inventado una palabra nueva, el «derecho de gentes». En el fondo, esto no es más que un cálculo fundado sobre nuestra tontería generosa.

(*Tannenber*g, pág. 99 de la edición francesa).

¿Y los tratados? En tiempo de guerra, los párrafos de todos los tratados de neutralidad vuelan al viento como trozos de papel, y podría darse el caso de que Holanda, durante la guerra que vendrá tarde o temprano, antes de hacer siquiera oír su voz para recordar las garantías inscritas sobre esos copos ligeros, viese sus provincias continentales, lo mismo que sus colonias lejanas, ocupadas por una u otra de las potencias beligerantes. Porque éstas necesitan, mientras dura la lucha, puntos de apoyo y recursos, y después, al hacer la paz, prendas adquiridas por la fuerza de los puños, que les servirán de triunfos.

Die Grenzboten

Si resumimos los resultados de nuestro análisis, reconoceremos que, desde los puntos de vista más diversos, los esfuerzos que se han intentado para la abolición de la guerra no solamente son insensatos, sino que deben ser considerados como francamente *inmorales y anatematizados como indignos de la humanidad*. Porque, ¿a qué deben conducir todos estos esfuerzos? A privar a los hombres de sus derechos y de la posibilidad de consagrar a fines ideales sus mayores bienes materiales, su misma vida, manifestando así el más hermoso altruismo moral. ¿Los grandes conflictos de los pueblos y de los Estados deberían ser resueltos por tribunales arbitrales, y, por lo tanto, por convenios? ¿Habría que substituir a los juicios de la historia un derecho exclusivo, limitado, formalista? ¿Habría que reco-

nocer al débil el mismo derecho a la existencia que al fuerte? Todo esto constituye una usurpación insolente de las leyes naturales, usurpación que no puede tener otras consecuencias que las más funestas para el conjunto de la humanidad.

BERNHARDI

Que tenga Turquía la constitución que quiera, mientras se mantenga a flote todavía algún tiempo. En este sentido nos enseñó Bismarck a separar la política exterior de la política interior.

Esto se aplica, también, a la misión cristiana. En cuanto cristianos, deseamos todos los progresos de la fe que nos asegura nuestra salvación; pero nuestra política no tiene por objeto hacer obra de misión cristiana. Las dos cosas ganan en no comprometerse en un trabajo común. Napoleón III era, a la vez, amigo del sultán y protector de los cristianos de Oriente. En esto consistió la debilidad de su política...

En el momento actual, la actitud de Guillermo II es más clara que la de Napoleón III. Como Emperador alemán protege a los protestantes y los católicos del imperio turco, pero, en cuanto a lo demás, no hace en Oriente política religiosa, no hace más que política alemana.

FRIEDRICH NAUMANN

Marruecos vale bien una guerra grande, y aun varias. Además (y aún la prudente Alemania llega a convencerse de ello), la guerra ha sido solamente aplazada, no conjurada. ¿Ha sido aplazada con ventaja para nosotros?... Se dice que hay que esperar una ocasión mejor! Esperar que se haya ahondado el canal de Kiel, que la ley sobre la marina haya producido todos sus efectos! No es precisamente muy diplomático decir a los enemigos: «Hacer la guerra no nos conviene de momento: pero dentro de tres años (1) desencadenaremos la guerra mundial!...» No! Cuando se medita realmente una guerra no hay que decir de ella una

Esto fué escrito en 1912.

palabra; se envuelven las intenciones propias en un profundo misterio y luego bruscamente, de improviso, se salta como el ladrón en las tinieblas.

ALBRECHT WIRTH

[Tal era el pensamiento alemán en 1914]

El sueño

No voy a definir científicamente el sueño, porque no puedo. Todos lo conocemos, y ello basta para este artículo. Todos hemos dormido profundamente y a medias, y sabemos que entre el estado de vigilia y el de sueño completo, reconfortante y sabroso, hay una serie incontable de intermediarios. Lo cual no nos sorprende. Somos un mundo complejo de actividades fisiológicas, una orquestación de instrumentos diversos, cuyas tonalidades, cuyos papeles varían constantemente.

*

Un órgano que trabaja, se transforma, *se gasta* químicamente y *se envenena* con los productos de desgaste. El envenenamiento se manifiesta con el dolor que llamamos *cansancio*.

Cansado equivale en fisiología a *envenenado* por las sustancias que uno mismo ha producido. Cansado no quiere decir agotado.

Esta idea del cansancio no es una suposición: corresponde a una experiencia fácil de repetir. Para sentir el cansancio del que ha picado una carga de leña, por ejemplo, basta una inyección de sangre tomada de quien está cansado de picar. Experimentos semejantes, variados, han sido hechos cientos de veces durante los últimos 25 años, conduciendo siempre a igual convicción.

Las sustancias producidas por el funcionamiento normal de los órganos, pueden agruparse en dos clases, que llamaré A y B, según su actividad tóxica.

Las del grupo A, las más activas, las que obran enérgicamente aun estando en pequeñísima masa, son propiamente las que provocan el cansancio. Para que la salud persista, urge que sean rápidamente barridas del lugar de producción y llevadas por la sangre a las glándulas encargadas de neutralizarlas o transformarlas en venenos menos ofensivos, que puedan permanecer mayor tiempo en el organismo sin paralizar su vitalidad. A este barrido provee el acrecentamiento de la circulación en todo órgano que trabaja.

Pero no se vaya a pensar que estas sustancias, cuya acumulación sería desastrosa, no presten grandes servicios durante su efímera existencia. Deprimen o contrarian la función a que deben su origen,

pero excitan otras funciones. Son, pues, a un tiempo, repique de muerte y repique de vida. Tal es el curioso engranaje de un organismo.

*

Las del grupo B, las sustancias de segunda toxicidad (cuerpos úricos, gas carbónico, etc.), sean producto directo del trabajo orgánico o producto de la transformación glandularia que acabo de señalar, deben también ser segregadas del organismo. Esta segregación es efectuada por los riñones, las glándulas sudoríparas, los pulmones, etc.; pero no es instantánea --ni convendría que lo fuera--: se efectúa con un ritmo regular, que hace posible que dichas sustancias B se acumulen en la sangre y ejerzan sobre los órganos su propia presión o *tensión*. El efecto de esta tensión es la *somnolencia*. En otros términos, las sustancias B, acumulándose en el organismo, calman o refrenan su actividad actual, y aparece el SUEÑO, forma de vida --no de muerte--, vida de *aislamiento* y de *tranquila edificación*.

Esta idea del sueño no es tampoco una suposición: corresponde a una experiencia mil veces repetida, y a cuyo estudio, por razones de oficio, he prestado atención personalmente, armado por las enseñanzas de Gréhant, Richet y Mosso, continuadores para mí de Claudio Bernard y Paul Bert.

El gas carbónico, los cuerpos úricos, todas las sustancias B que han podido ser aisladas y ensayadas, son *hipnóticos*. Imitando la composición de los cuerpos úricos naturales, la industria química fabrica la *adalina* y otros preciosos sedantes, que procuran el sueño a las personas sobre-excitadas o en desorden de nutrición.

*

Un órgano cansado se repara mediante el reposo. Un organismo somnolento se rehace durmiendo.

Dormir no es simplemente reposar. Durante el sueño normal, la circulación de la sangre se empareja, se reparte al igual de la cabeza a los pies, y logra su *optimum* la asimilación o utilización constructiva de los alimentos. Durmiendo se rehacen los tejidos; durmiendo crecemos.

Se dice popularmente que *quien duerme, come*; pero lo correcto sería decir: QUIEN DUERME, APROVECHA LO QUE COME.

Pan y sueño, esta es la fórmula de reparación.

*

Para que nada turbe esta apacibilidad general de la circulación y esta labor constructiva de todas nuestras células; para que el sueño sea el mejor posible, debemos *aislarnos* o, mejor dicho, debemos contribuir al aislamiento nervioso característico del sueño normal, sustrayéndonos a las excitaciones externas (sonido, luz, cambios térmicos, olores, vecindad de otro cuerpo, aspereza del lecho, etc.) y a

las semi-externas (carga del vientre, carga de la vejiga, etc.). Estas excitaciones provocan los ensueños, desde los ensueños pesados (pesadillas) hasta los ensueños ligeros, vagos y placenteros.

Cuanto más malos sean los ensueños, mejor es el sueño.

*

Ni el cansancio ni la somnolencia son simplemente proporcionales al trabajo del órgano o a la vigilia del organismo. Su aumento sigue una proporción geométrica.

Así —tomando un ejemplo para el cansancio—, si pico leña con el brazo derecho durante una hora o durante dos, el cansancio en el segundo caso no es simplemente doble que en el primero: es mucho mayor.

Un individuo que marcha unas ocho horas seguidas, se cansa casi tanto en la hora octava como en las dos y media primeras horas juntas.

Por consiguiente, el RENDIMIENTO del trabajo orgánico, a igualdad de máquina y de condiciones, depende de la repartición de los intervalos de reposo. Hay que saber descansar. Y esta ley abarca lo mismo al cerebro que al dedo del pie.

Y hay que saber dormir. La ley de la somnolencia es muy semejante a la del cansancio. Considerando, v. gr., dos vigiliias diversas únicamente por su duración, una de 5 horas y otra de 10 horas, el sueño que corresponde a la segunda no es simplemente el doble que el de la 1.^a: es mucho mayor.

*

Por regla general, los costarricenses no comemos bien; pero dormimos peor. Ni dormimos un número de horas suficiente, ni dormimos con la quietud apetecible. En el mejor de los casos, tenemos que hacer la parte de las pulgas, de los «zancudos», de los grillos (cuya música es tan irritante para ciertos pacientes), de la lluvia sobre el techado metálico, etc.

Aproximadamente, puede decirse que una persona de edad y estatura medias, que trabaja 9 horas por día, debe dormir otras 9 horas, si lo ha de hacer de noche y sin interrupción (9 p. m. a 6 a. m.). Los menores deben aumentar la dosis; pero yo no pienso mucho en ellos en este momento. Si hubiera de aconsejarles algo, me limitaría a darles este precepto: duerman cuanto les pida el cuerpo, aunque rabien sus maestros: lo que está formalmente prohibido para ustedes es ir sin sueño a la cama o permanecer en ella despiertos.

Las personas obligadas a trabajar más de 9 horas al día (boticarios, panaderos, marinos, enfermeros, policiales, militares en campaña, etc.), han de tener muy presente que, en virtud de la ley de la acumulación de la somnolencia en progresión geométrica, la noche entera no es bastante para su sueño, y que, por tanto, su horario de trabajo debe entrecortarse con una o más horas de sueño diurno.

Este es el secreto de muchos grandes trabajadores. Se cuenta de Napoleón, por ejemplo, que había logrado habituarse a dormir a cualquier hora en que se presentara la oportunidad y de cualquier modo, y que después de cada pequeño entreacto de sueño proseguía sus faenas con ánimo alegre y vigoroso.

*

Para obtener el mayor rendimiento funcional con la menor pérdida de salud posible, no hay manera de dividir en dos partes las 24 horas del día, de manera que una parte sea para la vigilia y la otra para el sueño: precisa en este caso—el de toda persona que deba trabajar más de 9 horas—interrumpir la vigilia, evitando así la acumulación de la somnolencia.

Cinco horas de sueño alternas pueden sustituir a diez horas seguidas: todo depende de la distribución que se haga. Doy aquí como muestra un horario de sueño reducido, probado en San José sin graves inconvenientes:

HORARIO DE SUEÑO EN RÉGIMEN DE PRIVACIÓN

2 horas a media noche (12 y media p. m. — 2 y media a. m.)
1 hora al amanecer (5 » » a. » » 6 » » »)
2 horas antes de comida (3 p. m. — 5 p. m.)

Un horario muy parecido a éste fué recomendado hace poco a los oficiales franceses en campaña, aunque fundado en consideraciones algo diversas de las aquí expuestas.

Un horario de privación de sueño exige—debo advertirlo bien—un régimen alimenticio especial, muy sustancioso y muy ligero a la vez.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

Largo tiempo sobrevivió San Juan a sus escritos, y en los últimos años estaba en extremo débil, de suerte que no pudiendo caminar por su pie se hacía llevar a su iglesia, donde su sola presencia bastaba para la edificación pública. Todas sus exhortaciones se reducían entonces a repetir de continuo: «Mis queridos hijos, amaos sinceramente unos a otros». Sus discípulos se cansaban ya de oír una misma cosa, y algunos creían que el santo anciano tenía la cabeza débil. Un día le preguntaron por qué les repetía tantas veces la misma lección, y les respondió de un modo capaz de convencerlos de que no había dejado de ser órgano de la Sabiduría increada: «Lo repito tanto (les dijo) porque este precepto es del Señor, y él solo

basta a haceros felices si le cumplís con exactitud». A pesar de sus virtudes y de su ancianidad no era insociable, y quería se tomasen inocentes recreos dando él ejemplos de ello. En una ocasión en que estaba divirtiéndose con una perdiz domesticada, le dijo un cazador que semejante entretenimiento era indigno de su persona. El reprensor tenía en la mano el arco, pero flojo; y el Apóstol le preguntó por qué no le tenía siempre tirante. Contestóle, que para evitar el que perdiese su fuerza. «¿Pues por qué llevas a mal, le replicó el Santo, que por la misma razón conceda yo algún solaz al ánimo?» (1)

ARADOR

(1) S. Geron., *de Script. eccl.*

La tolerancia

Nada hay tan fastidioso como un hombre comido por la roña de la intolerancia. En donde mejor se pulsa la cultura de un alma, es en esas estériles discusiones en que el intolerante, a fuerza de intransigencia, se acalora sin dejar hablar a su contendor, acabando por irritarse. Ya en este grado, tornarse un basilisco y encararse como un agresor, es cosa fácil. Por lo regular, estas pequeñas almas mordidas por el agua fuerte de la intolerancia, asumen un aspecto ridículo y enojoso a un tiempo mismo, siendo dignas de piedad. En la Italia del Renacimiento se ponía sumo cuidado en educar las almas en una perfecta ecuanimidad. Cuando aparecía un individuo fanático de sus ideas, era objeto de las burlas más finas y de la más fina ironía. En Grecia, las discusiones del Agora tenían por norma esa envidiable serenidad que hizo de aquel pueblo el primero del mundo. Cuando el intolerante da con un alma similar a la suya, surge el rencor como un duendecillo funesto a soplar en la hoguera de la discordia. Si el que lo oye es un hombre culto, consciente de su educación y del respeto que se debe a sí mismo y permanece pasivo ante la intransigencia, el intolerante se exaspera y acaba por llamarse un incomprendido. Porque precisamente, eso tienen las almas fanáticas: creer que poseen toda la verdad en sus manos y que todas sus ideas son definitivas. Un espíritu intolerante es algo verdaderamente insoportable que acusa una dolorosa plebeyez intelectual. Alma intolerante, insufrible un día y esotro agresiva, será siempre asilo de hieles nocivas que amargándolo todo, harán de la vida, que es alegría, serenidad y belleza, un hervidero de dolores indecibles.

EDMUNDO VELÁZQUEZ

San José, Oct. 1918.

De todo

CARÁCTER es una palabra griega que significa MARCA, trazo, signo representativo. Hablando de un individuo o de un pueblo, el carácter es el CONJUNTO de cualidades que permiten DISTINGUIR de los demás a este individuo o a este pueblo; («Character includes both natural and acquired traits», *Standard Dictionary*). En la expresión «carácter» van incluidas las cualidades intelectuales. La educación del carácter incluye, por consiguiente, en primer término, la educación de la inteligencia (o razón).

No debe, pues, confundirse la palabra carácter con la palabra voluntad ni hablarse de «educación del carácter» como de algo opuesto a la instrucción.

*

El espíritu de invención y el de simple innovación son característicos de los individuos o de los pueblos más inteligentes, no de los más voluntariosos. La historia de Francia es la más brillante a este respecto. Y su gloria recae, casi entera, sobre la Universidad francesa. V. Eos, nº 12, artículo de A. Dastre, presidente de la Sociedad de Biología, en cuyo laboratorio trabajó en un tiempo Gustavo Le Bon, el mismo que ahora (Agosto de 1918) hace responsable a la Universidad de Francia de la mayor parte de los descalabros militares de la patria.

Los viejos rencores!....

*

La rutina es debida siempre a incapacidad de comprensión—por falta de inteligencia o por falta de saber—, en las personas alentadas.

La rutina motivada por falsa economía de esfuerzo o por pereza intelectual, es simplemente un signo de enfermedad.

La rutina en los alentados se combate con el cultivo armónico de la inteligencia y con la instrucción. No es por carencia de voluntad, sino de principios directores bien demostrados, por lo que se tornan rutinarios los mejores hombres. Sin brújula y sin luces, o camina uno al acaso o camina por los rieles que encuentra hechos.

La rutina en los enfermos se combate con el régimen general aplicable a todas las debilidades: ejercicios diversos, vida alegre al aire y al sol, descanso y sueño, bien proporcionados, alimentación sana: cosas todas en que no tiene que ver directamente la Universidad.

*

En el campo de la industria es donde se palpa más claramente la diferencia entre la situación hija de la rutina y la situación hija de la ciencia.

*

La Prensa Libre ha publicado recientemente la traducción de una parte del trabajo de Gustavo Le Bon sobre LA RUTINA. Este trabajo reúne las cualidades y los defectos que caracterizan al ilustre escritor, famoso físico, historiador y sociólogo; pero preponderando esta vez los defectos. Las cualidades son: la hermosura de las frases y la novedad del desarrollo del tema, cualidades que despiertan un interés enorme y procuran en el primer momento un gran placer. Los defectos son: la indecisión en los términos y los consiguientes errores y contradicciones, que se van revelando luego poco a poco, a medida que reflexiona uno en lo leído.

En cuanto al fondo, el resultado de la lectura se hace en cada mente según la propia predisposición.

Tomo *La Prensa Libre* y recorto los trozos que me parecen mejores; pero advierto al punto que no ofrecen mucho de nuevo:

El hombre dominado por la rutina se inspira de alguna idea que no cambia una vez adoptada, y suele esta adopción verificarse sin la menor discusión. Para esta clase de seres las ideas no nacen del conocimiento razonado de las cosas sino de una creencia aceptada por sugestión o contagio. Hostil a todas las iniciativas, la rutina crea pronto la indecisión, el miedo del peligro, y el temor de las responsabilidades.

Esparcida entre los ciudadanos de un país, la rutina, se extiende sin esfuerzo, de los gobernados al Gobierno. Se ve entonces a este último vacilar frente a la más pequeña innovación; nombrar, para evitar responsabilidades, una multitud de comisiones y sub-comisiones, que a menudo no dictaminan nunca o lo hacen dando decisiones dudosas.

Los pueblos rutinarios, por ser poco dados a la evolución, están condenados a las revoluciones. Siempre llegará un momento en que por no haber sabido adaptarse progresivamente a los sucesivos cambios del medio ambiente, la necesidad obliga a conformarse a ellos de modo brusco y violento; es el conjunto de estas medidas violentas lo que constituye una revolución.

La victoria que se obtuvo ha puesto una vez más de relieve la utilidad de algunas cualidades, como el orden, la vigilancia, la minucia, antes consideradas modestas, pero que a la faz actual del mundo resultan indispensables para la prosperidad de un pueblo.

Pregunto ahora a quienes hayan leído el resto del trabajo de Le Bon:

¿Qué piensan del General Joffre?

¿Es el representante de la Universidad francesa?

Sus fracasos—si los ha habido—¿son atribuibles a ausencia de valor, de voluntad, de «energía ancestral», o bien únicamente a un error de RAZONAMIENTO?

¿Y el General Mangin? El preconizador perspicaz del método utilizado

por los alemanes en su segunda gran ofensiva, ¿no es también representante de la Universidad? Su inteligencia cultivada ¿estorbó en algo a su voluntad en la segunda batalla del Marne?

* * *

La sociedad condena al jugador—que es, a su manera, un hombre de negocios—, porque el juego destruye los buenos hábitos. Cuando el prurito de obtener algo por nada, penetra en la sangre de un pueblo, éste pierde la voluntad para la industria y el ahorro, y florecen el robo, el petardeo, la extorsión, el peculado, la impostura. (V. Eos, pág. 252, cuaderno 88).

¿No es, por tanto, un contrasentido *el juego de beneficencia*?

Tenemos hospicios sostenidos en gran parte con el producto de una lotería, por un lado, y tenemos, por el otro, esta misma lotería contribuyen lo directa e indirectamente a la multiplicación de los que deben ser asilados. ¿Es juicioso?

La importantísima reciente institución de un Comité Ejecutivo de Beneficencia Pública, hace posible la solución de la dificultad, total o progresivamente.

Con todo respeto me dirijo al honorable cuerpo nombrado y le pregunto: Si no es posible la supresión de la Lotería del Asilo Chapuí, ¿no cabe al menos cambiar la distribución de los premios, de modo que se atenúen los males?

Multiplicar el número de premios y disminuir su valor, al punto de que ninguno pase de ₡ 1000, para que ninguna situación económica pueda ser cambiada grandemente por golpe de azar: tal es mi proposición, formulada desde hace 19 años.

E. J. R.

Los grandes empleos dan indistintamente el poder de hacer el bien y de hacer el mal; pero esto último es una verdadera desgracia, y si hay alguna cosa tan buena como no tener la voluntad de hacer el mal, el no poder hacerlo es lo que más se le aproxima. Toda nuestra ambición cuando hemos llegado a poseer una grande autoridad, debe ser solamente la de conseguir el poder de hacer el bien; porque las buenas intenciones, aunque muy agradables a Dios, no parecen a los hombres otra cosa que bellos ensueños cuando no se realizan, y bien claro está que no pueden realizarse sin la ayuda de un poder considerable y de un puesto elevado, desde el cual puedan salvarse los obstáculos que hasta para practicar el bien se encuentran.

BACON

Imp. Falcó y Borrásé

Librería de Falcó y Borrásé

7.^a Avenida, Este, No. 42, San José, C. R.

Bibliot. Sociológica Internacional

Tomos empastados de 200 a 250 páginas. Están a la venta las siguientes obras. Precio un colón el tomo:

- Las leyes sociológicas*, G. de Greef.
Problemas sociales contemporáneos, A. Loria.
La defensa de los trabajadores y la jornada de ocho horas, C. Kautsky.
Filosofía y Sociología, F. Giner de los Ríos.
Leopardi a la luz de la ciencia, G. Sergi, 2 tomos.
Esencia del Cristianismo, A. Harnack, 2 tomos.
Evolución de las creencias y de las doctrinas políticas, G. de Greef, 2 tomos.
La cuestión social es una cuestión moral, Th. Ziegler, 2 tomos.
El Feminismo en las sociedades modernas, E. González Blanco, 3 tomos.
Concepto de la Sociología y un estudio sobre los deberes de la riqueza, G. de Azcárate.
Razas superiores y razas inferiores, N. Colajani, 3 ts.
Sartor Resartus, T. Carlyle, 2 tomos.
El destino del hombre, J. Fiske.
La conciencia criminosa, M. Longo.
La ciencia de la educación, R. Ardigó, 2 tomos.
La sanidad social y los obreros, I. Valenti V., 2 ts.
Antropología criminal, E. Laurent.
Místicos y sectarios, P. Rossi, 2 tomos.
Nuevos delictos penales, P. Dorado.
El Socialismo y el pensamiento moderno, A. Chiappelly, 2 ts.
Genealogía de los símbolos, D. Ruiz, 2 tomos.
La evolución humana individual y social, G. Sergi, 2 tomos.
Política social y Economía política, G. Schmoller, 2 ts.
De los delitos culposos, A. Angiolini, 2 tomos.
El Arte en la muchedumbre, G. Piazzi, 2 tomos.
Egoísmo y altruismo, J. Antich.
El concepto de la existencia, A. Diroff.
El materialismo histórico y la sociología general, A. Asturaro.
El alma de la muchedumbre, P. Rossi, 2 ts.
La Filosofía y la Escuela, A. Angiulli, 3 tomos.
El Mundo y el hombre, C. Perrini.
Degeneración social y Alcohólisto, M. Legrain.
Acción socialista, J. Jaurés, 2 tomos.
Los sugestionadores y la muchedumbre, P. Rossi.
El siglo de los niños, Ellen Key, 2 tomos.
La Nueva Pedagogía, G. Rodríguez.
Los comienzos del arte, E. Grosse, 2 tomos.
El paro forzoso, M. Thury.
El derecho del más fuerte, G. Cimbali, 2 tomos.
El ocaso de la esclavitud en el mundo antiguo, E. Ciccotti, 3 tomos.
Los sindicatos y la libertad de contratación, J. Gascón, 2 tomos.
Fuerza y Riqueza, A. Nicéforo, 2 tomos.
Génesis y función de las leyes penales, M. A. Vaccaro, 2 tomos.

- La Moral. Principios de Ética*, H. Hoffding.
La Moral. La moral individual, social y de familia, H. Hoffding.
La Moral. La libre asociación de cultura, Hoffding.
La Moral. La cultura religiosa y filantrópica. El Estado, H. Hoffding.
Los fundamentos económicos de la protección, S. N. Patten.
Premoniciones y reminiscencias, S. Valenti Camp.
Los héroes, el culto de los héroes y lo heroico en la historia, T. Carlyle, 2 tomos.
Amor y matrimonio, Ellen Key, 2 tomos.
El éxito de las naciones, E. Reich, 2 tomos.
La herencia en las familias enfermas, I. Orchan sky.
Individualismo y socialismo, A. Albornoz.
Voces de nuestro tiempo, A. Chiapelli, 2 tomos.
Atisbos y disquisiciones, S. Valenti Camp.
El Estado socialista, A. Menger, 2 tomos.
Humanismo integral, L. Lacour, 2 tomos.
Las leyes de la evolución social, Th. Hertzka, 2 t.
Sociología zoológica, A. Asturaro.
La Anarquía. Los Agitadores. Max Stirner, P. J. Proudhon, H. Zoccoli.
La Anarquía. Los agitadores: M. Bakunin, P. Kropotkin, B. R. Tucker, H. Zoccoli.
Teoría de las fuerzas sociales, S. N. Patten.
La Anarquía. Las ideas. Los hechos, H. Zoccoli.
La Anarquía. Apreciaciones éticas, H. Zoccoli.
El Espíritu de la Enseñanza, J. Caballero.
Detincentes astutos y afortunados, Ferriani, 2 t.
La Educación desde el punto de vista sociológico, J. Elslander, 2 tomos.
El Genio, G. Bovio.
Pasividad económica, M. A. d'Ambrosio, 2 ts.
La Teoría del comercio internacional, C.F. Bastable.
Las mujeres y los niños en la vida social, L. Ferriani.
El nuevo derecho internacional, E. Cimbali.
El desenvolvimiento mental en el niño y en la raza, J. M. Baldwin, 2 tomos.
Ilusiones socialistas y realidades económicas, Bellet.
El Hilojoísmo como medio de concebir el mundo, E. González Blanco.
Progreso y pobreza, Henry George.

IMPRESA : LIBRERÍA : ENCUADERNACIÓN FALCÓ Y BORRÁSÉ

- | | | |
|---|--|------|
| 1 | <i>Las Fantasías de Juan Silvestre</i> ,
Carmen Lira..... | 0.50 |
| 2 | <i>Oro de la Mañana</i> , R. Cardona. | 0.50 |
| 3 | <i>Cuentos Grises</i> , Carlos Gagini.... | 0.50 |
| 4 | <i>Prosas</i> , José A. Silva..... | 0.50 |
| 5 | <i>El resplandor del ocaso</i> , F. Soler... | 0.50 |
| 6 | <i>Bocetos</i> , Alejandro Alvarado Q.... | 0.50 |
| 7 | <i>El último madrigal</i> , F. Soler..... | 0.50 |